



LA ESTATUA DEL DIA



IMP. Y LIT. LA RAZON; CERRO, 57



DON JOAQUIN SUAREZ

(Escultura de Juan Luis Blanes. Fotografía de Pitts Patrick)

W. P. Patrick

SUMARIO

TEXTO—Zig-Zag, La oratoria presupuestada. Ecos de arriba.—«Consolatrix afflictorum», por Francisco Capella.—«Bocetos montevidianos», Víctor Pérez Petit, por Eduardo Ferreira.—«Celos», por Otto Miguel Cione.—«Teatros», por Re-Bemol.—«Mi niña», por Enrique Fidalgo.—«Sports», por Zapicán II.—«Pedro el cochera», por José Zahonero.—«El bautismo de las perlas», por Salvador Rueda.—«¡Claro!», por José Campo-Moreno.—«Valmar», por C. P.—«Correspondencia particular».

GRABADOS—Estatua de Joaquín Suárez—Teatro Solís, Francesco Tamagno y Haricléa Darclée, por A. Giménez.—«El y Ellos», por Wimplaine II—y varios intercalados en el texto, por A. Giménez.

Todo escrito que no lleve firma, pseudónimo o señal a pie, pertenece al director de este semanario.



LA ORATORIA PRESUPUESTADA

ECOS DE ARRIBA

Discours íntimo de Monsieur le Ministre dans la Société Française, el 14 de Juillet de la semana. (1)

Messieurs et mes dames: (con sonrisa pícaras) c'est à dire: es decir; las damas de cada cual; que je no tengo pas más que una... (retos en la concurrencia; Monsieur mira con los dulces ojos entornados a algunas damas que sonríen)

Messieurs y mes dames.

Pourquoi, oui pourquoi je parle? (encomiendo de hombros de los presentes. Monsieur continúa, mirándolos con digna severidad) je parle porque hoy il est 14 de Juillet! (algunas voces: «Bien; c'est vrai; es cierto»—Monsieur saluda con gravedad). Porque hoy il est el grand jour de la France!

¡Oh la France! (Suspirando).



La France es nuestra! (Ademanes de vago temor ante la idea de que Monsieur haya dado en la idea de ejercer un acto de conquista). Nous sommes, semos, comme dicen ici, casi française tous; oui! todos!! (con voz enérgica y ceño fiero).

El pére de Monsieur Jean il estaba Français; era francés. Mon padre.... mi pére él

(1) El digno Monsieur, á pedido de varios amigos hizo oír su dulce voz en la fiesta que, celebrando el 14 de Julio, efectuó la Sociedad Francesa. Estas frases, pronunciadas en el más puro idioma de Racine y Charpentier, nos han sido facilitadas y las reproducimos para solaz de los admiradores del apreciable Monsieur.

no estaba certainement français, mais.... et moi? (pausa) y yo? (éxtasis de expectativa) Français era Charlemagne; français era Boulanger; français era Napoleón le Grand, y français il est Hilaire, el de La Nación.

(Con solemnidad). Hay muchas françaises dans le monde! (aplausos continuados; Monsieur está algo emocionado). Si, señores! Voulez vous une otra prueba de lo que aquí se ama á la France?

Voyez; dans toutes las maisons; en todas las casas se mange pain français; se come pan francés!! (Estruendosos aplausos—Monsieur saluda un tanto ruborizado y continúa): Así, Messieurs, la France se tiene ici en el corazón, et en la barrigue.

Pour esto, con raison dijo el poete:

«¡Oh, la France! ¡Grand país!

¡Qué grand país est la France!»

(Todos los concurrentes repiten en coro los versos, entre estruendosos aplausos—Monsieur continúa después de una pausa).

14 de Juillet! ¡Que grad jour! ¡Que grand jour! ¡Que gran jour!

(Con cierta tristeza) Pauvres de nosotros... Nous n'avons, nosotros no tenemos pas un tal día. ¡14 de Juillet. Nosotros tenemos, á peines, á Monsieur Juilliet Herrera y Obes, pero, certainement, Monsieur Juilliet Herrera no es pas un jour. (Señales de aprobación en el auditorio).

14 de Juillet! Dans ce grand jour, el pueblo français il tomó la Bastille! Esto es probado. Et la tomó sin gastar millions de francs en Mausers, comme en estos temps del Diputado Bachini. ¿Et pour quoi? Porque entonces no había pas Mausers! La tomó con mousketes et piques... Oh temps! Hoy, las piques solo las usen los toréadores!!! ¡Pare-



ce mentire! (El dolor empieza á invadir el ánimo de los oyentes; Monsieur está trágico).

(Continuando) Entonces se oyeron les sublimes versos de la Marseillaise (entusiasmándose) les inmortelles versos de la Marseillaise!

«Allons, enfants de la Patrie!
Le jour de gloire est arrivé!
Contre nous de la tyrannie
L'étendard sanglant est enlevé!!!»

(Los franceses rompen á cantar la Marseillaise en coro sin que Monsieur pueda detenerlos, hasta que la sueltan toda. Una vez que concluyen, continúa el digno Monsieur, disimulando aquel arranque).

Entre nous, no hay pas tyrannie, ceitainement, pero hay enfants de la patrie.

Y esto justifique el empleo de la chanson patriotique entre nous.

Et bien messieurs; no vale bien, tal jour, más que cualquier otre? Oui. Y pour eso, este jour debia ser el 15 de Juilliet. ¿Pour-quoie? Para valer más que siendo 14—15 il est mas que 14.—Evident! La arithmetique l'y á dit! (Grandes muestras de aprobación y convencimiento).

Mais parlons de la bandiere; de la grande bandiere tricolore. Elle tiene, dans sus pliegues, les couleurs plus belles: le rouge; le blanc; l'azul!

¡Le blanc! Je no he sido precisamente blanc... oh je ne le he sido pas, mais... me guste; Monsieur Oribe il l'aimait; lo amaba Monsieur Oribe!

¡Le rouge! Je suis rouge; je suis colorado, tous lo saben, et me gusta; Monsieur Rivera il l'aimait; Monsieur Rivera amaba el rouge. ¡L'azul!... Mais l'azul il está dans le ciel!! Dieu, Messieurs, Dieu il ama l'azul!!! (Aplausos indescriptibles, entusiasmo gigantesco).

El bien; pour todo esto, je levante mi vaso pour beber et pour brinder, je, un fils de la Patrie d'Artigas et Vidiella, pour la felicité, pour l'appetit, pour la gloire et la richesse de les fils de la Patrie de Louis XIV et Leborgne. (Aplausos entusiastas saludan el final de la pieza oratoria).

DISCURSO DE DON JUAN EXCELENCIA

Al descubrirse la estatua de don Joaquín Suárez (1)

Don Juan, después de entonarse la voz apoyando con suavidad la mano izquierda doblada sobre la mesa:

Señores y señoras:

He ahí por fin á don Joaquín Suárez en estado de estatua.

Helo ahí, sobre un pedestal de granito, mirando á lo lejos, frío, inmóvil, como una verdadera estatua!

Cualquiera al verle así le creería muerto. Pero no está muerto!

¡Vive y vivirá siempre en el corazón de los buenos ciudadanos!

De los buenos ciudadanos.... este... de los buenos ciudadanos. sí.

Porque... porque... (á Brian: ¡Soplame, brutal!)

Brian—Porque si bien es cierto...

Don Juan—Porque si bien es cierto que los hombres mueren, queda en el alma el recuerdo de sus virtudes.

Miradle, señores; miradle sobre su altura colosal...

Brian—Sobre su alto pedestal.

Don Juan—Eso es; sobre su alto pedestal, contemplando la ruina que él salió de la ciudad.

Brian—Al revés!

Don Juan—Al revés! La ciudad que él salvó de la ruina.

¡Ah señores! ¡Cuánta tristeza da mirarle así frío é inmóvil, solo viviente en el bronce, cuando el ejemplo de sus virtudes sería hoy tan necesario.

¡Cuánto dolor dá pensar que ya es finado....

Brian—Muerto.

Don Juan—(A Brian, algo atufado). Es lo mismo, zonzol (siguiendo)... Da pensar que ya es muerto, cuando tan necesarias son las vidas de los grandes próceres á la salud naciente de las vírgenes que hacen la aurora de los pueblos y nacionalidades.

(1) Este trozo nos ha sido dado por quien lo oyó recitar á guisa de ensayo, al mismo don Juan, asistido por don Angel Brian que le soplabá de cuando en cuando, como se verá en la versión taquigráfica.

Brian—No!... De los pueblos vírgenes, en la aurora de...

Don Juan.—Ah! sí, ya sé, Bueno; luego lo repasaré. Sigo.

¡Muerto! ¿Quién dijo muerto? Los grandes hombres no mueren así no mas: lo ha dicho ya un pensador celebrado; Los grandes hombres, no mueren, nacen para la mortalidad.

Brian—(con un alarido) ¡IN...mortalidad!!
Don Juan—(que solo ha oído la sílaba acentuada)...No mueren; nacen para la mortalidad ¡In!

Figuraos cuánto placer tendría él ahora al ver, como vería, el país así adelantado; la ganadería floreciente, las vacas, los carneros, los caballos, todos los animales de la creación paciendo en los camuños feroces!

Brian—Feraces! ¡Por favor!

Don Juan—(á Brian). Eso de por favor no está en el papel ¡che! (siguiendo)...en los campos feraces en que el verde césped bordea el curso del arroyuelo que se desliza manso entre pastos y plantaciones....

Pero esto desgraciadamente es imposible. El gran prócer de la Defensa, sólo vivirá en el bronce, como lo he dicho; en el bronce que perpetuará su figura y su recuerdo en la inmensidad de los tiempos y en las páginas de la Historia.

¡Queda inaugurada la estatua ecuestre de Don Joaquín Suárez!

Brian—Hombre....¿No podría suprimirse esa de ecuestre?

Consolatrix afflictorum

¿Quién dijo penas? Convento
en que nada me importuna,
y si alguna pena tengo
es que no tengo ninguna.

Me río de vez en cuando
y hasta lloro de alegría...
¡Casi me voy fastidiando
de tanta monotonía!

La adversidad es muy terca
y me acosa hasta el extremo;
mas la conozco de cerca
y maldito si la temo.

Soy su inseparable amigo
desde que vine á la vida,
y la salud y la digo
cuando viene:—¡Bien venida!

Podrá engañarme el deseo;
será fugaz mi esperanza;
pero lo cierto es que veo
mucho luz en lontananza;

que he sabido hacerme fuerte
al dolor y al desengaño,
y que casi me divierte
lo que intenta hacerme daño.

La traición no me hace mella;
tengo el corazón curtido,
y ya no encuentro ni huella
de tanto como he sufrido.

Y mi pasada aflicción
se va convirtiendo en humo
al hacer la cremación
de los recuerdos que exhumo.

Mi espíritu está sereno
y nada mi calma altera.
¿Que el mundo es malo? Pues bueno;
me lo pongo por montera.

Resignación es el bote
de favorable presagio
que me va sacando á flote
de mi terrible naufragio,

y aunque la borrasca es mucha
no me causa detrimento,
porque resisto la lucha...
¡y la lucha es mi elemento!

La muerte no me intimida,
y aunque la vida es amarga,
tampoco encuentro la vida
tan pesada ni tan larga.

A todo me hallo dispuesto
y así mi ansiedad mitigo...

¡Qué bonito es todo esto
si sintiera lo que digo!

FRANCISCO CAPELLA

Bocetos montevidianos

VICTOR PEREZ PETIT

Está de moda. Los literatos, jóvenes y viejos—los que han visto desaparecer ya sus ambiciones de gloria bajo la nieve de sus cabellos, y los que recién se inician, llena el alma de entusiasmos, en esta vida cruel de las letras—le dedican con cariño sus artículos, en tanto que de afuera, del extranjero, llegan rumores de aplausos, murmullos de aprobación, notas altamente honorosas para su reputación de escritor, en las cuales vibra el elogio espontáneo y desinteresado, el elogio que se conquista únicamente con talento. Su nombre literario, pronunciado todavía ayer con desdén fingido por labios convulsos por el despecho ó la envidia, resplandece ya en una aureola de simpatía, esperada de mucho tiempo atrás, y autores de fama indiscutible, como Gómez Carrillo, Clarín y Figueroa, le han prodigado sus frases de aliento, haciéndole una justicia que le negaban, en un arrebato de egoísmo histérico, hasta los mismos que la consideraban merecida. ¿Será este el prólogo del reconocimiento que se debe á sus méritos? Todo hace creer que sí, por más que aquel no llegue á producirse tan pronto ni tan fácilmente. Vale mucho Pérez Petit para que se le reconozca en todo lo que vale. A semejanza de esos árboles vigorosos que extienden rápidamente sus ramas y proyectan sombra sobre los arbustos que crecen á su lado, ha tenido la desgracia de llegar demasiado pronto á una altura que no lograron ni lograrán escalar nunca los ambiciosos vulgares, haciéndose así reo de un delito que no se perdona nunca, como no se perdona todo aquello que hierde ó ofende la vanidad humana. Joven por los años, es viejo por el talento: quizás el más viejo de todos los literatos jóvenes y también de los literatos viejos. Su cerebro es un cerebro sólido, bien nutrido, y su temperamento el de un atleta. Todo lo que le falta en músculos y carne le sobra en voluntad,—voluntad de hierro que no se rompe jamás, aún cuando á veces pudiera parecer expuesta á doblarse de improviso.

Pocos son los que admiran á Pérez Petit con una admiración sincera, y muchos los que reconocen y agrandan sus defectos, sin apreciar sus bondades, que son mayores que aquellos. Allí donde la vulgaridad cree descubrir un manantial de pasiones estrechas ó el fondo obscuro de un carácter irascible, avinagrado eternamente, se esconde, sin embargo, un espíritu delicado y sutil, espíritu de artista que sufre con las desgracias de los demás, con las flaquezas de sus semejantes, y trata de remediarlas con remedios enérgicos. Por eso es crítico y por eso se le considera severo y excesivo en sus apreciaciones. Para él, sin embargo, la crítica es un ministerio sagrado, algo más digno de águilas que de gusanos, algo que está muy por encima de odiosidades y pequeñas asechanzas. Serena inteligencia para profundizar los problemas de la vida y criterio sano para juzgar los hombres y las cosas, tiene siempre confianza en sus fuerzas para realizar tal empresa, y cuando recoge desengaños en vez del estímulo á que es acreedor, se consuela con la satisfacción íntima de haber llevado á cabo una acción hermosa, de haber desempeñado la misión del médico que ataca el mal allí donde lo descubre, sin moverse á compasión por los ayes del paciente, sin anhelar otro premio que el alivio de la humanidad y el perfeccionamiento de la ciencia. No emplea el cloroformo y la morfina para suavizar el dolor de sus críticas, porque los anestésicos no dan resultado alguno en literatura y porque el crítico verdadero no necesita recurrir á tales procedimientos para ejercer tranquilamente su oficio. Si desgarrá á veces, es porque desgarrando mejora al paciente.

Físicamente, Pérez Petit no tiene nada de extraordinario. Los rasgos de su físico no han de causar sorpresa: unos ojos de acero en un rostro cebrero y unos bigotes enormes debajo de una nariz gruesa y sensual. Lo que ha de sorprender un día es su crítica literaria y su prematura y vastísima ilustración. Hay que observarlo de cerca para darse cuenta de lo que almacena en su cerebro y de las sensaciones á que continuamente somete su espíritu. Es incansable para el estudio é incansable para la producción: una especie de máquina en continua actividad. Los que creen conocer su temperamento y su manera de criticar, y le señalan una semejanza completa con Leopoldo Alas,

llegando á decir que trata de imitarlo hasta en sus brutalidades, hasta en sus arrebatos constantes de mal humor, que se manifiestan en palabras breves y acres y en explosiones de estrepitosa indignación, se equivocan por completo. Y se equivocan así, ligeramente, porque desconocen la obra que ha emprendido, y que constituye ya el albor de un nombre brillante. Ella sola pone de relieve la fisonomía intelectual del crítico, con sus gustos y tendencias para juzgar lo bello, y el afán, bien manifiesto y logrado en la mayoría de los casos, de aproximarse á Taine, el gran historiador y crítico, empleando, en sus estudios como él, el simple análisis, exponiendo los hechos con toda sencillez, prescindiendo del hombre para ocuparse del autor dentro de la obra, y evitando en absoluto caer en el empleo de reglas fijas y de sistemas y preceptos condenados por el modernismo literario. No se puede apreciarlo en sus artículos rápidos, escritos al correr de la pluma, en una alegre reunión de amigos ó aguijoneado por la exigencia del tema, sino en sus producciones serias, bien meditadas, en esas páginas originales y severas, cuyo estilo elegante y correcto y cuya erudición de primera mano revelan á simple vista al escritor de talento, al hombre que tiene formada una elevadísima idea del arte, y se complace en derrochar en su obsequio, con la esplendidez de un potentado, todas las energías de su espíritu, todas las claridades de su cerebro. Un enamorado no sacrificaría por su amante lo que Pérez Petit ha sacrificado por la literatura: sus mejores años y sus más exquisitos placeres.

La crítica literaria entre nosotros es obra suya, exclusivamente suya. Al intentar la solamente, intentaba una empresa colosal, respetada por los más atrevidos y temida por los más osados. Y él la inició y la llevó á cabo sin ayuda ajena, tropezando con mil obstáculos, luchando contra enormes resistencias, pero oponiendo á todo un gran valor moral é intelectual, una indiferencia profunda para afrontar los odios y las burlas sangrientas de las gentes del oficio, acostumbradas al halago incondicional, y rehacias, como las criaturas mimadas lo son al castigo, á la verdad amarga y á la opinión sensata y desnuda. Desempeñó su cátedra con entera confianza, y dió al desprecio, desde el primer instante, todas las preocupaciones que pudieran hacerle titubear en su propósito. Si sus censuras,—ágras algunas veces, aunque justificadas siempre por la necesidad de apelar á los recursos extremos,—han causado innumerables víctimas, en cambio han proporcionado un inmenso bien á la literatura. Las disciplinas y las frases punzantes marchitan muchas esperanzas nacientes, desvanecen muchas creencias sonrosadas; pero ¿no vale acaso ese derrumbe de ensueños locos y de huecas vanidades el beneficio que produce la educación del buen gusto y el discernimiento de títulos que hagan distinguir el verdadero mérito del mérito usurpado? Oh! Pérez Petit sabe bien que muchos no querrán reconocer ni ese sencillo esfuerzo, esa contribución propia y espontánea al adelanto de nuestras letras, pero se vengará de todos ellos dejando caer de sus labios palabras de compasión, en las cuales hay mayor fondo de amargura que de irónico despecho. Las injusticias de que es objeto no le sublevarán, y no se inquietará poco ni mucho porque le quieran ó le dejen de querer. Ni en los rasgos enérgicos de su rostro, ni en la mirada dura de sus pupilas azules, deja traslucir jamás el deseo de agradar, de buscar simpatías y conquistarse amistades. Es de los que no tratan de seducir con sonrisas y de los que cierran las puertas de su alma á todos aquellos que pretenden asomarse á ella para curiosarse en su interior. Si agrada, bien; si no agrada, mejor: tal es su divisa. Se basta á sí sólo para recorrer la parte de camino que le corresponde en el vasto mundo, y marcha hacia al fin con la altivez de los seres fuertes. Únicamente los débiles de espíritu necesitan de andadores para no caer...

EDUARDO FERREIRA.

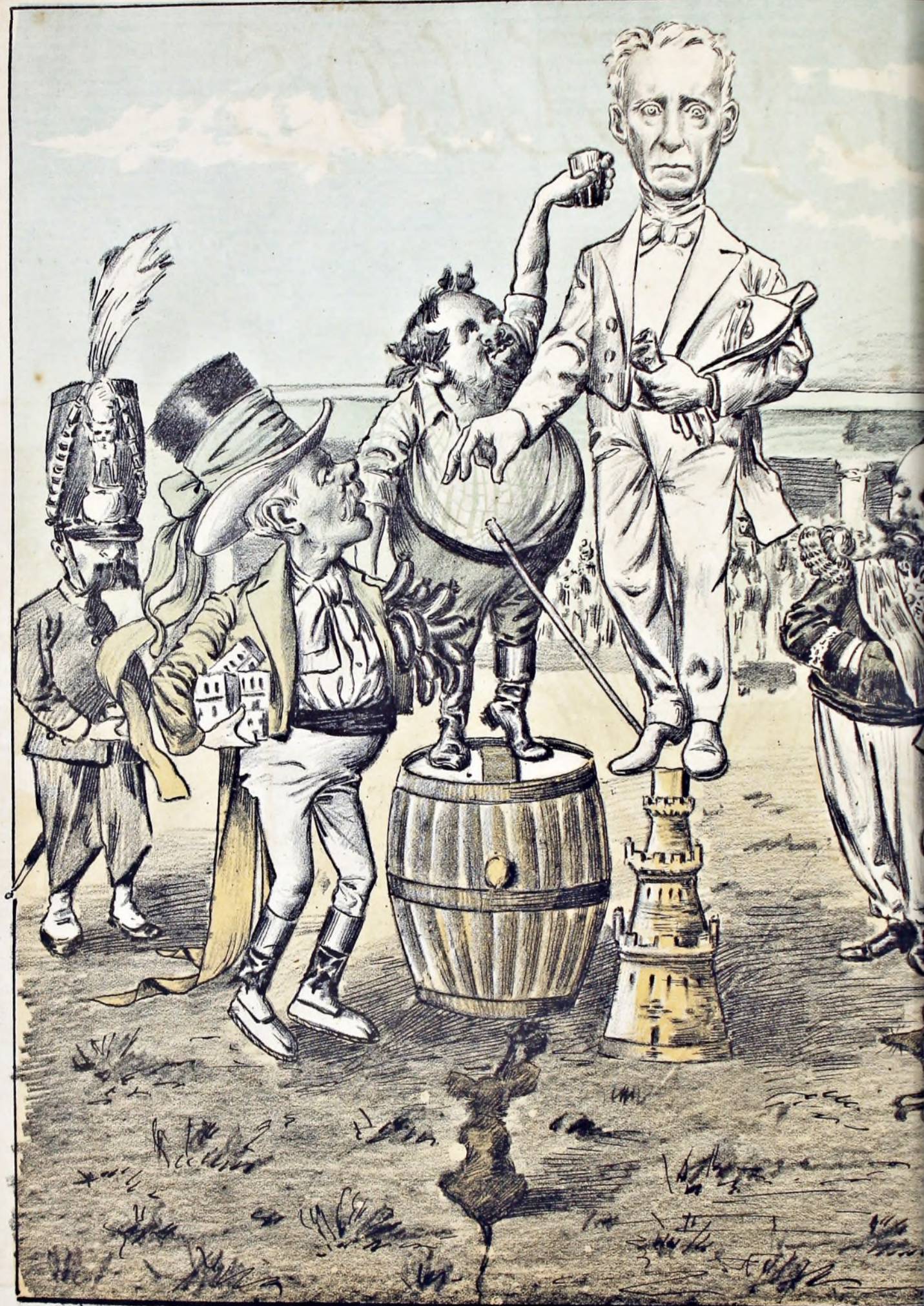
CELOS

Á MI NOVIA

Celos tengo del aliento
que roza tus labios bellos
y celos si á tus cabellos
los viene á arrullar el viento.

Celos tengo de los cantos
que acarician tus oídos
y celos de los vestidos
que aprisionan tus encantos.

Y celos de tus enojos
cuando me buscan querellas,



Don Joaquín

EL Y ELLOS



¡Pues nada siento;
¡Pues mi tierra cubren!
¡Pues me descubren?
¡Pues descubrimiento!

y celos de las estrellas
que se miran en tus ojos.

Y celos de la almohada
do reposan tus ensueños
y celos de que sean dueños
tus ojos de tu mirada.

Celos tengo de las flores
que pones sobre tu pecho,
porque duermen en el lecho
que desean mis amores.

Celos tengo del espejo
do tu divina hermosura
rivaliza en donosura
con las formas del reflejo.

OTTO MIGUEL CIONE



Salud á los vencedores.
Ave, Darclée, Tamagno, Mascheroni, Ercolani,
ave, divos y divas célebres que venis cargados de
laureles, y de aplausos y de pesos papel de la ve-
cina orilla.

Dicen que vais á encantarnos, á hacernos sentir
cual nadie las tristezas de Desdémona, los arran-
ques de Otello, los entusiasmos de Guillermo Tell,
los ardores de Valentina, los cantos de Gilda, los
acordes que Boito robó á las celestiales orquestas
y los motivos que Verdi arrancó al Egipto miste-
rioso...

Así sea.

Caros os hacéis pagar; caro os cobraremos vues-
tra fama; habéis de luchar aquí otra vez para ven-
cer.

..

Esta noche se estrena la renombrada compañía
Ferrari.

Los nombres de los artistas son famosos; las
obras del repertorio son numerosas, y los precios
de las localidades son subidos.

Nada tenemos que adelantar sobre ella que no
hayamos adelantado ya...

¡Ah! Sí. Que *La Razón* dice que la Darclée y De-
marchi tienen preparadas once piezas en el hotel.

Lo cual ya es un dato de interés para los abona-
dos; que si los divos llegaran á cantar mal, pueden
aquellos consolarse pensando que viven bien.

Damos aquí, confiados en la fama, los retratos de
Tamagno y la Sra. Darclée.

Ahora esperamos lo que den ellos de sí.

RE-BEMOL.

Mi niña

Tengo yo en mi propia casa
una joven candorosa

TEATRO SOLIS—Empresa A. Ferrari



y como pocas hermosa,
que á nada me pone tasa.

Son sus dientes nacarados,
y son azules sus ojos,
y sus labios los más rojos,
y sus cabellos dorados.

Su sonrisa es hechicera
y amorosa su mirada;
por todos es adorada
sin que ella á ninguno quiera.

Su cara es digna del cielo;
yo la quiero, yo la adoro;
para mi vale un tesoro
aunque es fría como el hielo.

Mas no me creas un pillo,
ni te sulfures, Corina,
porque esa joven divina
es la Virgen de Murillo.

ENRIQUE FIDALGO

Sport

Sin tiempo para extendernos en consideraciones
sobre las carreras á efectuarse hoy en Maroñas, só-
lo daremos á conocer á nuestros lectores los pro-
nósticos, que son los siguientes;

- Premio Constitución—Rastreador.
» Agraciada—Zig-Zag.
» 18 de Julio—Artais.
» Diana—Tina.
» Lavalleja—Vesubio.

ZAPICAN II.



Pedro el Cochero

I
Debo advertir que se trata de un grave secreto
de familia; no sé yo quien lo transforme de sos-

TEATRO SOLIS—Empresa A. Ferrari



MARCELÉE DARCLÉE

pecha brumosa e incierta, aunque casi por malicia comprendida, á manifiesta declaración, como denuncia fiscal ó desenfadada imprudencia de correvedile de gaceta pública.

Por lo dudable y fabuloso que hay en el pasado de toda familia encumbrada, entre los recuerdos de leyendas nobles, hechos gloriosos y culpas y desastrosos sucesos, tenía la casa de los condes de Malvarés el antecedente de que Elvira, la madre del conde, había estado un tiempo privada de juicio según gente piadosa, y sobrada de afanes gustosos según las gentes malignas. Hubo divorcio, el conde separóse de su esposo, y por último declinase que apenado y colérico murió en el extranjero.

No podemos pasar de tales manifestaciones. Fermin, el hijo de los condes, siendo muy niño aún, vivió en extraña condición, que pudiera calificarse de abandono relativo; apenas si tenía un débil recuerdo de su padre; su madre le rodeaba de regalos y complacencias, pero entregada a vida ostentosa y elegante, cuidábase poco del niño.

La braveza de un carácter no sometido á celosa crianza se manifestaba en el chicuelo, colérico y caprichoso; en sus gustos revelaba su manera de ser. No tenía sufrimiento, no había hecho atención detenida en cosa alguna. Las correrías por el campo la afición á los perros y á los caballos constituían sus únicas aficciones; ni aún tenía afecto á Pedro el cochero.

Pedro era el esclavo del señorito.

—Eres grande como un gigante, Pedro, pero puedo contigo.

—¿No ha de poder el señorito conmigo? decía el mocetón sonriéndose y mirando con delicia aquel travieso muñeco de rubios cabellos, fino de rostro como la condesa, pero recio, firme, robusta, como ni ella ni el conde lo habían sido.

Alto, gallardo, con sanos colores en las mejillas, ojos rasgados, de mirar vigoroso é inocente, cuerpo robusto, Pedro era hombre que conservando el aspecto apacible del campesino y la varonil expresión del soldado, no tenía de la servidumbre sino el carácter de digna sumisión y bien dispuesta diligencia.

El era el maestro de equitación de Fermin; él limpiaba las armas de fuego; él, en cierta ocasión,

se lanzó al agua á salvar al señorito cierto día en que éste, nadando, hubo de alejarse demasiado de la costa en día de bullente marejada.

Pedro era un suizo del pequeño, y fué un esclavo del mozo.

Sufría agridoces y asperezas del genio inquieto de Fermin.

—Yo, decíale éste cierto día, soy noble.... ¿sabes? Mis abuelos fueron grandes capitanes.... Tengo la más pura sangre de la nobleza de España.... Puedo estar cubierto delante del rey, y con espada al cinto y á caballo puedo entrar en la catedral el día de la Ascensión.... Si me dijiesen que mi título no era legítimo, me pegaría un tiro.

Oyóle con respetuosa atención Pedro, mas apenas se fué el joven, quedóse Pedro sonriendo con amargura, y profundamente pensativo lanzó un hondo suspiro.

II

Aún recordaba Pedro la noche en que la condesa, que desde algún tiempo había manifestado á Pedro invencible antipatía, le llamó; hallábase moribunda en cama, y con voz agónica dijo al cochero:

—Bien lo sabes, Pedro: vive siempre á su lado; y añadió: Nunca, ¿lo entiendes? ¡Nunca! Júramelo.

E hizo el juramento; y lo recordaba porque Fermin, que iba á casarse con la lindísima duquesita de Lauzón, quería despedir á todos los criados.... y quizá á él el primero. ¿No olvidaría el señorito los servicios que Pedro le había prestado, con riesgo de la vida? ¡Tal vez le indignase recordar que á veces, cuando Fermin era pequeño, cogíale Pedro donde nadie le viera, y allí el cochero irrespetuoso besaba con pasión las sienes del niño!

—¡Véase rico y enamorado! ¡Dios no quite á la criatura la dicha ni el aquél que tiene en verso noble, noble directo descendiente de grandes señores! La vida no es larga, y ha de pasar para unos sufriendo, los que podemos sufrir; para otros, como para él, como cosa de juego, se decía Pedro cuando impaciente, violento, con el ceño del dominador irritado y caprichoso entró en el patio y luego en el amplio guarnés gritando:

—¡Pedro, Pedro! ¿Dónde está ese zopenco?

—¡Anda con Dios! bien atruena, dijo Pedro para sí.

—¡Pedro!

—¿Qué manda el señorito?

—¿Dónde estabas, que no has contestado?

—Señorito, venía ya.

—¿Luego me has oído? ¿Por qué no has contestado?

—No se enoje el señorito.

—Conforme vas para viejo, te vas haciendo más zote y más cazarro.

—Señor, si...

—¡Basta! no me repliques. Tú te figuras que aún vas á embobarme como cuando era yo un chiquillo. ¿Has preparado los caballos píos para la caretela?

—Estará todo pronto, señorito.

—¿Luego no está? ¿Luego no has cumplido mis órdenes?... ¡Sabes que no he sabido esperar jamás, que no quiero, que no debo esperar! replicó petulante é iracundo el mozalbete, pegándose en las piernas blanda y vivamente con un latiguillo que tenía en sus manos, en señal de impaciencia exaltadísima y cólera mal reprimida.

—Vea el señorito que no ha habido tiempo.

—¿Otra réplica?

—Cálmese, querido señorito. La caretela ha de servir á la señorita, y pensé en colocar los pertumadores, pues no ha venido el guarnicionero.... Esto lleva tiempo, señorito Fermin, y pide cuidado.

—Está visto. Tú te figuras que hablas al muñeco de otro tiempo; pero esto no durará mucho. Acaba pronto, y como un rayo vas con la caretela á buscarte á la puerta que da al jardín, á la escalinata del pabellón. Date prisa, no seas bestia, dijo el señorito.

—¡Oh! murmuró Pedro entre apenado y colérico, mirando al cielo y apretando los puños cuando Fermin salió del guarnés.

¡A la escalinata del pabellón! Años hacía que éste se hallaba cerrado. Recordó vivamente Pedro un hecho que ya parecía un sueño: él, mozo aún; la condesa, bella y loca de caprichos; el conde buscando al amante de su mujer, sin que jamás pudiera sorprenderle.... ¿Y cómo? ¡Si lo hubiera sabido!

¡Locura! El secreto nunca, nunca saldría de Pedro.... ¡No, no! pensaba.... Veré su dicha, y en ella gozaré como gozo, como gozo con frenesí, se decía.

Puesta ya en la escalinata, bajó del pabellón la duquesita, alegre, hermosa, aturdida de felicidad, y al poner el pie en el estribo, éste cedió por hallarse poco prietos los tornillos de encaje sin duda, y por poco la joven cae al suelo.

Encolerizóse Fermin, y alzando el látigo, que aún tenía en sus manos, cruzó con él la cara de Pedro el cochero, del antiguo servidor, del que le había amado y quizá lo amaba como un padre, como un verdadero padre, del soldado veterano.

Rugió éste de ira, alejose de allí.... más rehaciéndose por supremo esfuerzo de su alma, subió humildemente al pescante, tomó las riendas y siguió por aquella tarde su oficio.

A la mañana siguiente había sido despedido, y al salir de la casa, casi con lágrimas en los ojos, exclamó mirando á la casa.

—¡Nunca, nunca!... ¡Aunque no lo hubiera jurado, querido mío!... Tu madre no estuvo loca.... ¡Eres noble, y yo te veré feliz y te miraré con gozo.... querido de mi corazón, amor mío!... Me has herido.... Pero ¿tú qué sabes?

JOSÉ ZAHONERO.



PERLA SUELTA

El bautismo de las perlas

En la irisada cámara luciente de la concha del mar, perla dormida en su lecho fantástico mecida vive bajo del agua transparente.

Las ascuas de coral, gruta esplendente dan á la blanca perla adormecida y la de seres pleyade brufida cruza en nave de escamas la corriente.

Bajo el velo del agua que se riza, abre la concha el seno que blanquea y la mágica perla se matiza.

Hiende entonces la luna la marea; en su propio sagrario la bautiza, y el camarín de nácares platea.

SALVADOR RUEDA

¡CLARO!

(IMITACIÓN A PÉREX ZÚNIGA)

Hoy he visto en la calle de la Montera, y en un tiendecita de relojero, número... no sé cuantos, la relojera más linna y elegante del mundo entero. ¡Qué primorosa alhaja! ¡Si es lo más mono que puede verse en una relojería! Tanto me preocupa, que no ambiciono ni deseo otra cosa que hacerla mía; y el caso es que no puedo, más que me pese, lograr que a mis dominios la prenda pase. ¡No quiero decir nada, si yo pudiese!... ¡Si de alguna manera me la apropiase! El relojero dice que no enajena lo que yo adquiriría por cualquier precio, porque para él la guarda, por ser muy buena y... porque no se vende. ¡Si será necio! En fin, el recordarlo, me desespera. No puedo hacerla mía por más que quiero porque... ¡voy a decirlo, la relojera es... la mujer de Lucas el relojero.

José Campo-Moreno.

VALMAR

Lo recibimos fresquito, oprimidas con encojimiento de vírgenes temerosas, oprimidas resistiéndose al hojear con crujidos leves, las 250 páginas insistentes de sus dos tomos recién salidos de la prensa.

Pero de la novela hablaremos después; y hablaremos bien si Magariños Solsona responde en ella a nuestra confianza en su instinto de novelista, que le hemos reconocido desde que publicó *Las hermanas Flammari*.

Y responderá, probablemente.

Entre tanto queremos ante todo aplaudir a Peña, el editor de la obra.

Porque lo merece. Ha echado a espaldas el vil temor de perder unos reales, el miedo de interrumpirse la digestión pensando si no llegará a dar el libro la esperada ganancia del 70%, y he ahí a *Valmar* en tomos de 250 páginas.

¿Que el cuerpo to es un poco grande y el papel un poco mate?

¡Bah! ¿Qué importa? El libro ha salido.

He ahí lo principal.

Otros muchos lo hubieran hecho en papel satinado y con tipo 8 elegante, con impresión ideal, pero habría aparecido ocho ó diez años más tarde, cuando el editor se hubiera convencido de que la inmigración y el buen gobierno y la riqueza nacional y la vida fácil habían cuadruplicado la población actual dándole seguridades de ganar un ciento por ciento en el negocio.

Con tres editores como los de *Valmar*, otra cosa sería la literatura uruguaya; que no andarían ahí tantos libros viejos con tapas nuevas, ni tantos libros malos con cubiertas de lujo, porque se venden por arrobas a las congregaciones religiosas ó a las corporaciones públicas.

Un saludo, pues, al nuevo editor nacional, á quien quedamos obligados por su obsequiosa atención.

C. P.

Correspondencia Particular

—Montevideo—¿Y?

Tony—Id.—Al fin; cosas de imbécil...

Los dos tres—Id.—Pero hombre ¿qué gusto encuentran ustedes en versificar cosas viejas?

L. G.—Mercedes—¿Que viviendo usted en Mercedes no me haya hecho merced siquiera de las nueve décimas partes de su escrito!... Parece mentira!

F. C.—Montevideo—No sabe usted el gusto que experimento cuando puedo decir: «Ahí va; y que Dios siga iluminándolo».

Miriam—Id.—¿Será posible que se haya olvidado Vd. por completo? Vamos; que no puede ser. Y que no sea ¿eh?

Facundo—Id.—Por lo visto su dolencia es incurable. Hará usted malos versos hasta la muerte.

J. F.—Id.—Gracias; muchísimas gracias. Pero no se lo publico. La franqueza ante todo.

Rodrigo—Minas—Mire usted; la décima es una composición muy sonora... cuando es sonora. Pero cuando no lo es, mata á cualquiera que no sea Fernández y Medina.

¡Ah! Y la suya no lo es; se me olvidaba.

Tema de invierno



De actualidad:

—Hombre, esto es horripilante; en esa casa del frente hay treinta individuos en la cama.

—¿Qué atrocidad!...

—No, hombre, como son las dos de la madrugada....



—Diga Vd. Sinfonosa: ¿A qué achaca Vd. el trancazo?

—Pus... Mire usted; yo lo achaco á que el hombre habría tomado unas copas de más.